

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

LA VOCACION DE JERÓNIMO SAVONAROLA

Como no podemos abstraer y separar los cuerpos del espacio que los limita, no podemos abstraer y separar las almas del tiempo en que viven. La esencia del espíritu conserva su íntima naturaleza y su unidad interior sobre la serie de los sucesos que pasan á su alrededor; y sobre el curso de los tiempos, en que sus facultades se desarrollan. Pero no cabe duda alguna de que la edad, en la cual un alma aparece y madura; y los sucesos independientes de su inteligencia y de su albedrío, que la rodean, concluyen por modificarla profundamente y por ponerle un sello indeleble. Así como para juzgar el alma pura no se puede prescindir del cuerpo que la encierra, de su natural, de su complexión, de su temperamento, no se puede prescindir tampoco del siglo, de su carácter, de sus leyes, de sus instituciones, de sus hechos políticos. Cuando un alma trae aptitudes en consonancia con la edad en que ha de pasar por este mundo, las desenvuelve plenamente á manera de esos árboles brotados en terrenos propicios á su desarrollo y crecimiento. Arrojad sobre una época de paz la tempestuosa alma de Napoleon el guerrero, y se atrofiará, falta de espacio y de medios para cumplir sus interiores vocaciones y para realizar sus maravillosas conquistas. Pero poned esa misma alma despues de una revolucion casi cósmica, en tiempos de guerra continua é incesante, al toque de la marsellesa, al redoble de los tambores, al estampido de la artillería, y vereis cómo sus facultades bélicas, sus instintos carniceros, su aptitud para aplicar las matemáticas á la estrategia y á la táctica, su poder para con-



Fray Jerónimo Savonarola

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO PRIMERO

LA VOCACION DE JERÓNIMO SAVONAROLA

Como no podemos abstraer y separar los cuerpos del espacio que los limita, no podemos abstraer y separar las almas del tiempo en que viven. La esencia del espíritu conserva su íntima naturaleza y su unidad interior sobre la serie de los sucesos que pasan á su alrededor; y sobre el curso de los tiempos, en que sus facultades se desarrollan. Pero no cabe duda alguna de que la edad, en la cual un alma aparece y madura; y los sucesos independientes de su inteligencia y de su albedrío, que la rodean, concluyen por modificarla profundamente y por ponerle un sello indelible. Así como para juzgar el alma pura no se puede prescindir del cuerpo que la encierra, de su natural, de su complexion, de su temperamento, así se puede prescindir respecto del siglo, de su carácter, de sus leyes, de sus instituciones, de sus hechos políticos. Cuando un alma trae aptitudes en consonancia con la edad en que ha de pasar por este mundo, las circunstancias favorecen á su desarrollo y crecimiento. Arrojad sobre una época de paz la temperamental alma de Napoleón el guerrero, y se atrofiará, falta de espacio y de estímulos para cumplir sus latentes vocaciones y para realizar sus maravillosas conquistas. Pero podrá esa misma alma después de una revolución tan silenciosa, en tiempos de guerra continua é incesante, al toque de la cornada, al redoble de los tambores, al estampido de la artillería, y entre otros estímulos bélicos, sus instintos carniceros, su aptitud para aplicar sus conocimientos á la estrategia y á la táctica, su poder para con-



Fray Jerónimo Savonarola

ducir los hombres al combate y á la matanza se desarrolla, no solo por la explosion de las facultades internas, sino tambien por la facilidad que le ofrece un mundo subvertido y desgarrado á los estremecimientos de una batalla sin término y sin tregua.

El siglo décimoquinto fué un siglo muy propio para el desarrollo de las facultades que sobresalian con tan extraordinario relieve en el alma de Savonarola. Corre el tiempo eternamente, pero los siglos tienen caracteres que los hacen ó mas definitivos ó mas revolucionarios, caracteres que dan á sus instituciones un movimiento vertiginoso ó las paran y las detienen sobre sólidos y duraderos fundamentos. Expliquemos con mayor sencillez esta idea. Hay en la historia edades de reposo y hay en la historia edades de movimiento. En las edades de reposo cada institucion está firme en su base, cada base está firme en el suelo que parece de una solidez impenetrable á los terremotos é inaccesible á los sacudimientos. Luego hay otros siglos de transicion, de cambio, de trasformaciones, en que todo se renueva á la doble virtud del amor y de la muerte. No cabe dudar que en el siglo primero de nuestra era, por ejemplo, corriendo el tiempo con su medida igual, duraba y perduraba el imperio; mientras en el siglo quinto el imperio se descomponia y destrozaba en mil fragmentos, porque era un siglo de transicion. Y lo mismo sucede desde el siglo octavo al siglo décimo. Los carlovingios fundan en el primero de estos siglos el feudalismo teocrático; y el feudalismo teocrático vive y domina hasta el siglo décimo con sus Obispos señoriales, con su Iglesia sobre el patrimonio temporal asentada, con su imperio semifantástico sometido completamente á la Iglesia. No era mucho, pues, que el espíritu humano creyese próxima en el año mil, como cumplimiento de innumerables profecías, la hora apocalíptica del Juicio Final. Y este siglo décimo es un siglo de transicion, de movimiento, de trasformaciones, como el mismo siglo quinto. Así, puede decirse que desde principios del siglo primero á fines del siglo cuarto la sociedad tiene, sin dejar de moverse y trasformarse, una fórmula en su cima, y una base en sus cimientos, perdidas por completo y arrastradas á la eternidad en el revolucionario siglo quinto. Y lo mismo sucede desde el siglo sexto al siglo décimo; la sociedad tiene en estos cuatro siglos un carácter distinto al que ha de tomar despues de oida la hora última del año mil en el reloj misterioso de los